



Dirección: Hilda Noemí Agostino PhD
Coordinadora: Lic. Analía Yael Artola

HISTORIA LOCAL Y REGIONAL

Hilda N. Agostino PhD

Muy pronto la Junta de Estudios Históricos estará presente en la Primera Feria Municipal del Libro de La Matanza: "Primavera de Libros" a realizarse en la Plaza San Martín de San Justo del 24 al 28 de Septiembre de 2008.

Cuando nos fue presentada la idea la aceptamos con gran agrado, porque se trata de mostrar aquello que venimos haciendo hace nueve años: Trabajar por la historia local y regional de La Matanza desde este importante centro cultural que es nuestra Universidad Nacional.

El stand que presentará la Junta, y al cual invitamos a todos aquellos que deseen integrarlo y/o visitarlo, mostrará las realizaciones que se han llevado a cabo en materia de investigaciones publicadas en diversos soportes, con relación al Partido de La Matanza.



Son numerosos los autores que nos han acercado trabajos de su autoría para que los conservemos y demos difusión. Es a todos ellos a quienes se les reserva el derecho de participar en el stand ferial y se los convoca especialmente. Queremos

mostrar su esfuerzo a la comunidad en un ámbito de reconocimiento público, porque como investigadores locales que somos, sabemos del gran esfuerzo que cada obra lleva, porque no existen fuentes de consulta sistematizada en la mayoría de los casos y esto lentifica cualquier trabajo, y porque descubrir a los protagonistas locales y reunir documentación no es por aquí tarea fácil. Por ende, este stand es también un sencillo homenaje a todos estos trabajadores de la historia que poco a poco han ido construyendo nuestra Historia de la Matanza.

En el mismo evento se presentarán las Actas de las Primeras y Segundas Jornadas de Historia Regional de La Matanza, realizadas con gran éxito de asistencia en los años 2005 y 2007 en la Universidad. Esta publicación, que presupone un gran esfuerzo presupuestario y que realiza la Secretaría de Extensión Universitaria constituye un verdadero aporte a

la comunidad ya que será entregada en forma gratuita a las bibliotecas de partido para seguir contribuyendo a la difusión de nuestro acervo histórico permitiendo, cada vez mas, el acceso de mayor cantidad de personas a los productos de investigación.

Teniendo en cuenta que este año 2008, culminan sus estudios de Licenciatura en Historia en esta Casa, los primeros profesores que han sido formados en Historia Local, el saldo resulta netamente favorable si se piensa que sólo puede lograrse verdadero arraigo en una comunidad, cuando se conocen y se respetan sus raíces y no cabe duda que en esto la ciencia histórica siempre tiene mucho que ver.

SUMARIO

- * **Patrimonio Arqueológico de La Matanza: Un recorrido Retrospectivo.** Pablo Reid. Pág. 3.
- * **La Vivienda Obrera en la formación del Gran Buenos Aires.** Enrique Inda. Pág. 14.
- * **Fragmento del Libro Nostalgias de un tiempo que pasó, crónicas ramenses.** M. Ohienart. Pág. 31.
- * **150 Años de Ramos Mejía.** Hilda Agostino. Pág. 33.
- * **Cd Interactivo "Breve Historia de La Matanza en Imágenes".** Hilda Agostino. Pág. 34.

**PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO DE LA MATANZA: UN
RECORRIDO RETROSPECTIVO**

Pablo José Reid

Introducción

Hablar de la historia de La Matanza remite sin duda a la época transcurrida desde la llegada de los castellanos hasta el presente.

Este partido constituye un área neocultural, donde los límites político-administrativos han tendido siempre a ser arbitrarios, cambiantes según las necesidades estratégicas de los gobiernos, ignorados por amplias capas poblacionales (debido al desarraigo residencial que provoca la movilidad domiciliaria y el traslado laboral), y la ignorancia de las mismas debido a la poca difusión de los gobiernos y de los organismos culturales, científicos, educativos, públicos y privados.

Existe un abundante respaldo documental en diversos soportes, compuesto por un nada despreciable patrimonio cultural, tanto tangible como intangible, que permite rememorar y consolidar la existencia de una identidad histórica harto dificultosa cuando se reconstruye en un área neocultural como lo es La Matanza.

Este respaldo documental y una —si no rica por lo menos respetable— reserva bibliográfica permite la reconstrucción de esa historia.

En este sentido mucho más cuesta asumir la existencia de una historia que se remonta a épocas anteriores al siglo XVI. A esta historia se la puede denominar prehispanica, prehistórica, primigenia, indígena u originaria. Diversos factores llevan a consolidar esta dificultad, a pesar de que entre 1870 y la actualidad, aproximadamente, el territorio del antiguo y nuevo Matanza fue registrado por varios arqueólogos y antropólogos argentinos y extranjeros. Estos factores son:

- 1- Los escasos yacimientos arqueológicos existentes en la superficie del partido.
- 2- La distancia temporal entre las poblaciones primigenias y las actuales.
- 3- Lo limitado del registro arqueológico en cuanto a cantidad, complejidad, fragilidad y conservación.
- 4- La simplicidad de la cultura de los habitantes primigenios del área platense, desde el Delta del Río Paraná hasta la Bahía de Samborombón, que incluye el valle del Río Matanza.
- 5- La influencia perjudicial de la densidad urbanística-demográfica del partido.

- 6- Las condiciones bióticas, abióticas y culturales modificantes de los hipotéticos yacimientos arqueológicos y el ambiente en general.

En efecto, los yacimientos ubicados sobre el valle, ribera del Río Matanza (desde Villa Lugano hasta su nacimiento), son escasos. No hay poblaciones primigenias libres en el área de La Matanza desde principios del siglo XVII, por lo menos, si consideramos así a los indígenas con su cultura original incontaminada. Si había reducidos, conchabados, o itinerantes, haciendo trueque del producto de sus cacerías de fauna originaria pampeana (pieles, cueros, plumas) por artículos occidentales (prendas, alimentos, cacharros), pero no sirven a los efectos de esta relación.

Asimismo, el registro arqueológico cuenta con un patrimonio artefactual escaso (comparado con otras zonas de la Argentina como Cuyo, La Patagonia austral, el Noroeste o la Sierra Cordobesa de Comechingones) consistente en artefactos líticos, cerámica, a veces huesos fosilizados (de animales integrantes de su dieta) y su patrimonio tecnológico. No hay enterramientos ni fósiles humanos abandonados aisladamente atribuidos a accidentes, violencia u otra causa. Esto empalma con el hecho de que al ser culturalmente paleoindios o ceramistas (según la periodización de la historia americana adoptada) cazadores-recolectores, su patrimonio cultural se limita al escaso material mencionado. Por ello también la urbanización acelerada sin control desde los años cincuenta actuó como un factor cultural perturbador, destruyendo yacimientos aún no hallados y/o hallados pero sin la difusión académica correspondiente, debido a la destrucción de la biomasa originaria, la remoción de tierras para la construcción de viviendas, la pavimentación y el de por sí desconocimiento de los nuevos habitantes de la existencia de este patrimonio.

Debe considerarse que durante mucho tiempo este tipo de culturas fueron menospreciadas en los campos político, educativo, histórico, cultural y hasta científico y, por influencia de ellos, por el resto de la comunidad nacional, por razones que no es el caso explicar aquí. En efecto, solo se consideraban culturas indígenas dignas de ser tenidas en cuenta a aquellas que habían dejado un complejo patrimonio, ya fuese arquitectónico, metalúrgico, cerámico, etc.

Teniendo en cuenta la limitada existencia patrimonial arqueológica del municipio, la mención de algunos arqueólogos sobre esta temática, más la existencia de una importante historiografía testimonial sobre este capítulo tan importante de la historia Argentina, y por lo tanto del partido de La Matanza, es que se considera implementar las medidas tendientes a su mayor preservación posible.

Para ello se proponen distintas acciones a seguir.

1. Acopiar bibliografía referencial mediante la construcción de una carpeta guía que contenga las publicaciones existentes al respecto del tema que interesa aquí, y que se encuentre a disposición de la

Secretaría de Cultura Municipal, Universidades y otras entidades culturales, gubernamentales o civiles que se considere.

2. Realizar una lista de los científicos que han estudiado este tema en La Matanza, ya sea en trabajo de campo o en obras de puesta a punto de los ya realizados.
3. Ubicar en mapas accesibles o textualmente los sitios arqueológicos del municipio.
4. Hacer un índice bibliográfico alusivo accesible en las bibliotecas públicas y universitarias nacionales de la Argentina.
5. Hacer un resumen de lo investigado, las conclusiones, fortalezas, debilidades y valores de lo conocido hasta ahora de la “prehistoria” de La Matanza.

De lo recién propuesto este ensayo hará referencia a algunos ítems.

La importancia de esta propuesta es demostrar que la historia de La Matanza se remonta a tiempos lejanos y que los hombres han dejado testimonio de su presencia desde los más remotos tiempos de poblamiento del continente americano.

¿Una matanza indígena?

Si se resumen los escritos de Ulrico Schmidel, Gonzalo Fernández de Oviedo, Diego García, Luís Ramírez, Martín del Barco Centenera y el Repartimiento de Indios de Juan de Garay de 1582¹, se podrá acordar que el espacio geográfico cuyo eje es el Partido de La Matanza estuvo ocupado por parcialidades querandíes, carayhet o mbeguaes, a los que los españoles llamaron genéricamente “indios pampa magdalenistas o matanceros”².

Descubiertos por los hombres de don Pedro de Mendoza en 1536, al principio fueron amistosos, pero pronto vino la violencia y la guerra, al parecer en la abusiva prepotencia castellana en busca de “pan llevar”, “tierras”, “indios reducidos” y “oro”.

En 1540 finalmente, junto con sus aliados charrúas y guaraníes, obligaron a los hombres de Pedro de Mendoza (para entonces ya sepultado en el mar) al

¹ Austral Antonio, “La Prehistoria Reciente del Área Metropolitana y del Norte de la Provincia de Buenos Aires”, VI Congreso Internacional de Historia Americana de Buenos Aires, Tomo 3, Buenos Aires, 1982, pp 357. Conlazo Daniel, Los Indios de Buenos Aires (siglos XVI-XVII), Ed. Búsqueda Yuchan, Buenos Aires, 1990, pp 73.

² Ottonello Maria y Lorandi Ana, Introducción a la Arqueología y Etnología, 10 años de Historia Argentina, Ed.- EUDEBA, Buenos Aires, 1987, pp 126.

mando de Juan de Salazar y Juan de Irala a despoblar la primera Buenos Aires y a trasladarse a la recién fundada Asunción del Paraguay.

Reaparecieron en las crónicas ibéricas en 1580 cuando producida la fundación definitiva de Buenos Aires por Juan de Garay, en 1582, este procede a repartirlos entre sus acompañantes, junto con el territorio³. La zona del Río Matanza quedó asignada a Don Juan Ruiz de Ocaña⁴ quien enfrentó y derrotó a los querandíes matanceros del cacique Telomiac Condí (o Telomonian Condie) aparentemente a orillas del Río Matanza en las cercanías del sitio “Ezeiza”⁵.

Tras la muerte de Garay a manos de estos indios (aunque no necesariamente la misma parcialidad), la situación se definió en 1587 con su total derrota en los alrededores de la ciudad dirigida por el gobernador Zárate, desapareciendo desde entonces de las crónicas españolas.

En síntesis, la reducción y sometimiento había fracasado, los indios querandíes migraron, como era su costumbre ancestral, a lejanas distancias, como el sur de Córdoba y el centro de la actual provincia de Buenos Aires, o murieron como resultado de la guerra, la viruela o la fatiga. Con resignación, los mismos españoles le decían a Garay⁶:

“... señor general, si la matanza es tan grande (¿) quien dará para nuestro servicio (?)...”

Esta sería la historia final de los querandíes matanceros remitida exclusivamente a las fuentes documentales españolas. Pero existe una historia anterior testimoniada de la cual solo quedan los registros artefactuales de los yacimientos arqueológicos que permiten, mediante la comparación con culturas de patrimonio material similar, establecer cuál fue su historia.

La retrospectiva de la ribera del Río Matanza por W. Reid, F. P. Moreno y E. S. Zeballos en 1876, y posteriormente con una rigurosidad científica del siglo XX por C. Rusconi, F. Villegas Basavilbaso, M. Pastore, D. Conlazo, M. Kusch, etc, permite decir que los habitantes primigenios del espacio matancero eran cazadores, pescadores, organizados en bandas nómades.

³ El texto completo puede leerse en varias fuentes. Garay repartió entre sus hombres caciques a los que correspondían sus poblaciones, sin mencionar territorios específicos de ocupación de estos. Los querandíes eran 17 y se menciona al encomendero de ellos. Ver: Canals Frau Salvador, Los Indios del Distrito de Buenos Aires Según Repartimiento de 1582, pp 17 y 33.

⁴ A Juan Ruiz de Ocaña le tocó “la nación caltis con todos los indios sujetos a ella” del cacique Cubozote. Ver: Canals Frau Salvador, Ob. cit., pp 11 y 17.

⁵ Conlazo Daniel, “Sitio de Contacto Hispano Indígena de los Alrededores de Buenos Aires” en Revista Historia Bonaerense del Instituto Histórico del Partido de Morrón Año II N° 6, Buenos Aires, Junio de 1995, pp 15.

⁶ Conlazo Daniel, Ob. Cit, Ed. Búsqueda Yuchan, pp 74.

Querandíes Matanceros

Se define “Querandí” como “un sistema antroponatural configurado sobre la base de una utilización del hábitat extendido entre las costas del Paraná inferior, el Río de la Plata y el pie de las Sierras Centrales, con diferencias biomáticas resultantes de variables, tales como agua, topografía, mediterraneidad, biomasa, interesando el litoral fluvial platense y sus afluentes que fue estable hasta la conquista que, produjo su quiebre con la irrupción del hombre blanco en el siglo XVI”⁷.

Este hábitat se extiende desde el Cabo Blanco hasta el Río de Las Conchas (hoy Reconquista), esto es cinco leguas sobre la costa platense y otras sesenta leguas castellanas tierra adentro hasta la Cordillera, según Ruiz Díaz de Guzmán⁸.

En el litoral platense y sus afluentes el quiebre fue inmediato (50 años), hacia el interior pampeano se produjo progresivamente en los siguientes 300.

La población pampeana se remonta a 9000 años antes del presente. Para el área metropolitana bonaerense el antropólogo Antonio Austral propone la siguiente periodización:

1. **Estadio Lítico Inferior:** Caracterizado por la existencia de puntas, sin cerámica ni piedra pulida con una paleofauna final de la edad mamífera lujanense.
2. **Estadio Lítico Superior:** Relevado con puntas líticas, piedra pulida, pero sin cerámica, aún con fauna moderna americana (mesofauna).
3. **Estadio Ceramolítico:** Caracterizado por la existencia de puntas de diversas factura, o piedra pulida y la aparición de cerámica donde además se produce el encuentro con los castellanos. Por ello la fauna combina especies americanas y europeas denominadas en conjunto neofauna⁹.

El registro arqueológico, valga la redundancia, es una continuidad en el área metropolitana que ocupa la rivera de los ríos de La Plata, De las Conchas, Luján, Matanzas¹⁰, Salado y los arroyos Sarandí, Morón, Morales, Maldonado, Las Víboras; encontrándose yacimientos en lugares puntuales de las riveras de estos cauces de agua; no en el interior de la llanura en donde la vida del hombre hasta el siglo XIX inclusive era complicada por la dificultad para proveerse de

⁷ Austral Antonio, Ob. Cit., pp 359.

⁸ Canals Frau Salvador, Ob. Cit., pp 36.

⁹ Austral Antonio, Ob. Cit., pp 353 a 354.

¹⁰ La Bibliografía consultada no acuerda en designar al río en cuestión “Matanzas” o “Matanza”, incluso en obras del mismo autor. Aquí por ello se designará convencionalmente “Matanza”. (N de A)

recursos económicos y agua.

El Espacio

El hábitat biomásico de estos primigenios era muy distinto al que hoy encuentran los modernos habitantes de la cuenca del Río Matanza¹¹.

En cuanto al relieve, la rivera del río en el área específica que interesa existe un gran bajo. La base de las barrancas que lo flanquean se constituye con la formación pampeana, con trechos donde surge un terreno de loes con aspecto de ensenada con bancos calcáreos, formando “aleros” que servían de guarida a vizcachas, lechuzas e iguanas. En resumen pertenece a la llamada pampa ondulada y la constante erosión del mismo río hace que el lecho se ahonde cada vez más y se aleje igualmente la orilla, dejando un paisaje de terrazas y barrancas donde se encuentran los yacimientos arqueológicos. El sedimento sobre el que se encuentran depositados se divide en tres estratos: humus, arcilla arenosa y arcilla blancuzca¹².

En este paisaje es que se encuentra el yacimiento “Ezeiza” sobre la barranca del río Matanza, separada de éste 200 metros. El terreno, además, asciende desde el curso del río hasta una primera barranca a 150 metros de altura, rematando finalmente en la barranca de 6 metros de altura, donde se halla el yacimiento, teniendo en cuenta la base de la misma¹³.

La denominación “Ezeiza”, correspondiente a una excavación en trinchera, fue dada por el doctor Marcelo Bérnida, cuyos resultados nunca se publicaron¹⁴.

¹¹ Provincia fitogeográfica paranaense de la región neotropical abarcatoria desde el Delta del Río Paraná hasta Punta Lara (selva ribereña palústica, acuática, juncal, pajonal), clima templado sin estación seca con verano cálido. (N de A)

¹² A decir de los geólogos los estratos arianense, aymareense y platense sucesivamente y hacia abajo. (N de A)

¹³ Conlazo Daniel, “Resultados de una Retrospección en el Curso Inferior del Río Matanzas”, en ADEHAN N° 1, Ed. Asociación Estudios Históricos Arqueológicos Región Pampeana, Buenos Aires, 1982, pp 8.

¹⁴ Conlazo Daniel, Ob. Cit., ADEHAN N° 1, pp 1. Marcelo Bérnida llegó a la Argentina en los años veinte, alcanzando luego gran prestigio en la comunidad arqueológica argentina. De origen italiano había tenido que dejar su país a causa de la persecución del fascismo de que fue víctima (N de A)

Ubicación

En la rivera del curso inferior del Río Matanza. Toma como referencia la Estación Querandí (Km. 15 de la línea ferroviaria Belgrano Sur, ramal González Catan-Estación Buenos Aires) a 1,5 kilómetros al sudoeste de la mencionada estación y a 16 kilómetros de la ciudad de Buenos Aires, en la orilla izquierda del río, sobre una barranca a una distancia de 200 metros del mismo. Allí el terreno asciende suavemente desde el curso fluvial hasta una primera barrera de escasa altura ubicada a 150 metros, rematando finalmente en la barranca de 6 metros de altura teniendo en cuenta la base de la misma, mediando entre ambos un amplio valle de inundación¹⁵.

Estudios Realizados:

Como se informó renglones arriba, los primeros estudios científicamente desarrollados se remontan a los últimos años del siglo XIX cuando los “científicos” W. Reid, F. Moreno y E. Zeballos, hicieron la primera retrospectiva del Río Matanza en general, localizando algún material artefactual, como parte de una tarea similar que además abarcó a los ríos Luján, Las Conchas, Salado y el arroyo Sarandí.

En forma específica, el tramo matancero del río homónimo fue estudiado por Carlos Rusconi (1940), que relevó el sur de la estación Querandí, haciendo un minucioso inventario del registro cerámico en cuanto a su forma y antigüedad. También Florencio Villegas Basavilbaso registró el material de la zona por los años de 1935 a 1940. Más hacia el presente, en los años setenta, los sitios fueron recorridos por Marta Pastore (1970), que registró tanto artefactos cerámicos como líticos. Seguidamente, desde 1970 Daniel Conlazo (1982) ha trabajado como una continuidad de su predecesora, investigando especialmente el sitio Ezeiza registrando material cerámico, lítico y óseo, que expediciones anteriores no mostraron con el mismo detenimiento¹⁶.

¹⁵ Conlazo Daniel, Ob. Cit., ADEHAN N° 1, pag 8. Conlazo Daniel, Ob. Cit., Búsqueda Yuchan, pp 228. Rusconi Carlos, “Alfarería Querandí de la Capital Federal y Alrededores” en Sociedad Científica Argentina, Anales Tomo 129, Buenos Aires, 1940, pp 259

¹⁶ Entre otros: Reid, Moreno, Zeballos, “Una Excursión Orillando el Río Matanza”, en Sociedad Científica Argentina, Volumen 1, Buenos Aires, 1876. Villegas Basavilbaso Florencio, “Un Paradero Indígena en la Margen Izquierda del Río Matanza, en Relaciones de la Sociedad Argentina Antropológica, Tomo 1, Buenos Aires, 1937.

Rusconi Carlos, Ob. Cit.

Reseña Descriptiva Del Registro Arqueológico Encontrado

El mismo hallado en superficie ha sido escaso, y cuando ocurría siempre esta al pie de la barranca tantas veces mencionada o sobre sus laderas por acciones de deslizamiento del mismo o de la tierra.

Los sondeos realizados por Daniel Conlazo en sus investigaciones en el yacimiento ubicó tres estratos distintos: Superior, humus de 40 centímetros de espesor. Medio, capa natural arcillosa de 1 metro de profundidad. Inferior, gris blanquecina de 1,50 metros de profundidad. A estos estratos los denominó sucesivamente Niveles I, II, III de arriba hacia abajo. Por cierto las mayores detecciones se hicieron en el nivel I¹⁷.

El principal registro artefactual corresponde a cerámica. Todos los especialistas citados aquí encuentran cuatro clases fundamentales de ella.

Tipo A: Alfarería —cerámica— sin ornamentación, de bordes y formas sencillas.

Tipo B: Cerámica con perforaciones o bordes dentados, de los que todos hallaron pocas piezas.

Tipo C: Dividida en subtipo b de ornamentos estriados, subtipo c de ornamentos o trazos continuos, y subtipo d que son vasos con impresión discontinua e interrumpida.

Tipo D: Cerámica, subtipo a lisa, pintada de color rojo¹⁸.

En todos los casos, según los especialistas, la cocción es deficiente, tienen un espesor de 3 a 10 milímetros, algunas piezas aparecen con agujeros de suspensión realizados antes de la cocción de afuera hacia adentro¹⁹, además de

Pastore Marta, “Yacimientos Arqueológicos de la Cuenca – Río Salado y del Río Matanzas” en Actas, IV Congreso de la Cuenca del Plata, R. O. del Uruguay, 1974.

Conlazo Daniel, Ob. Cit., ADEHAN N° 1

La lista de jefes de campañas arqueológicas sin embargo es más extensa y no se consignan todas aquí, como tampoco los especialistas que en obras generalistas han abordado el tema en cuestión. Por esa razón este informe incluye un glosario de obras, comentadas algunas de ellas referidas a esta temática.

(N de A).

¹⁷ Conlazo Daniel, Ob. Cit., ADEHAN N° 1, pp 9 y 10.

¹⁸ Rusconi Carlos, Ob. Cit., pp 262 a 2964.

¹⁹ Conlazo Daniel, Ob. Cit., Búsqueda Yuchan, pp 49.

que todas corresponden a la tecnología cerámica por indicación²⁰. Es de destacar que todos son fragmentos y no se encontraron piezas completas o con pocos faltantes.

El segundo registro, en cantidad de artefactos, corresponde a artefactos líticos, ciertamente escasos según los antropólogos y arqueólogos.

El tipo de material corresponde a puntas, raspadores, bolas con surco ecuatorial (componentes de las famosas “bolas” pampas) y otros artefactos y fragmentos. Los materiales usados fueron cuarcita, calcedonia y sílice, ninguno de los cuales es originario de la región. Se estima que provenían de las Sierras de Tandilia-Ventana o de las Sierras Centrales (Córdoba), excepto el sílice (la minoría de ellos) provenientes de la Patagonia Central o de la Mesopotamia²¹.

También se halló una hoja arrollada de cobre (único hallazgo), que sería proveniente del noroeste argentino actual.

Las puntas, por cierto, tienen forma de triángulo isósceles de lados rectos, apedunculares.

Mostrando las más pequeñas que los “querandíes” y los “pampas” en general usaron flechas antes de la incorporación del complejo cultural ecuestre que las hizo abandonar a favor de la lanza larga típicamente descriptas en las crónicas españolas y argentinas de los malones.

El número de artefactos encontrados desde la década del treinta se estima superaría los 5.000.

La materia prima de esta industria probaría que los querandíes matanceros, en realidad, tenían un amplio territorio de nomadismo que llegaría hasta las Sierras antedichas, siendo el río Matanza un asentamiento estacional en su continua movilización tras los recursos económicos y tecnológicos. Por lo cual, esa denominación circunstancial dada por los castellanos, se debió al hecho de haberlos encontrado allí y de ignorar sus ciclos vitales de subsistencia. Además demostraría que convivían con culturas de otro tipo, como los guaraníes provenientes de la Mesopotamia e instalados en el delta del Paraná. También que por extensas redes de intercambio y trueque conocían la poderosa cultura existente al norte (incaica o incaizados).

En cuanto al material óseo, este se limita a unos pocos huesos o fragmentos de los mismos provenientes de animales, sin duda relacionados con sus dietas e industrias.

²⁰ El método consiste en superponer filamentos de adobe en forma de chorizos hasta lograr la figura deseada, ya que en América era desconocido el torno alfarero. (N de A).

²¹ Conlazo Daniel, Ob. Cit., ADEHAN N°1, pp 22 y 23.

Finalmente puede decirse que la arqueología del Río Matanza, está relacionada con la cultura Querandí de tipo cerámico pampeano o ceramolítico, que no remontaría más allá de los 1.300 años antes del presente. Aunque, por cierto, de los científicos consultados ninguno fija para el mismo una datación relativa o absoluta máxima de ocupación²². Una de sus parcialidades se asentó en el río homónimo bajo el mando del cacique Telomiac Condí, (o Tolomonian –Condie) vencido en 1583 por el lugarteniente de Juan de Garay, sargento mayor Juan Ruiz de Ocaña. Teniendo en cuenta esta última datación absoluta se puede decir que el sitio habría tenido población indígena solo más allá del siglo XVI.

Conclusión

La Matanza hoy tiene casi 2.000.000 de habitantes, más de la tres cuartas partes de su territorio esta urbanizado. El paisaje industrial comercial ha desplazado casi completamente al paisaje ganadero-agrario en escasos 50 años, cuando así lo había sido durante los 350 años anteriores, y ha modificado sustancialmente su biosfera original.

La población dependiente de la industria y el comercio local, pero también de buena parte del de sus iguales de las localidades vecinas y la ciudad autónoma de Buenos Aires, estable en su mayoría, residente de paso como viajera o simple transeúnte, circula por el territorio desconociendo toda información o noción de lo relatado, cuya credibilidad se hace además difícil de asumir. El origen de estos “nuevos” pobladores debe buscarse en la diversidad de la inmigración europea desde el mismo siglo XVI, de los países limítrofes o de las provincias vecinas. Sin embargo, sería dificultoso por no decir imposible hallar un vecino matancero descendiente directo o mestizado de aquellos querandíes primigenios, por lo cual el lazo sanguíneo con aquel pasado está roto, y por lo tanto el vínculo histórico-nemónico también, debiendo entonces reconstruirlo desde la nada con el trabajo de historiadores, arqueólogos, docentes y agentes culturales diversos.

Sus preocupaciones se centran en las exigencias del vivir diario, la salud, la familia, la vivienda, la supervivencia. Poco tiempo queda para pensar en los

²² Conlazo Daniel, Ob. Cit., ADEHAN N°1, pp 22 y 23. Para la datación de estos sitios Daniel Conlazo cita a E. M. Cigliano, autor de “Arqueología del N. E. de la Provincia de Buenos Aires”, en Anales de la Comisión de Investigación Científica de la Provincia de Buenos Aires, 4, La Plata, 1963. También Antonio Austral en “La Prehistoria Reciente del Área Metropolitana y del Norte de la Provincia de Buenos Aires” en VI Congreso de Historia Americana, Tomo 3, Octubre de 1982, realiza consideraciones similares. (N de A).

habitantes de un remoto pasado para ellos con el cual reiterase, además, no tienen ninguna relación de descendencia o territorialidad personal.

Aunque exista una estación ferroviaria bautizada Querandí, es dudoso que tenga un significado para quienes viven en su entorno o pasan por allí rumbo a sus ocupaciones.

Entonces ¿Para qué recordar este pasado patrimonial histórico? Se supone que la forma de crear conciencia de pertenencia a la localidad por parte de sus habitantes no solo pasa por las contribuciones al bienestar de sus vidas, sino al conocimiento del pasado que les da coherencia lógica a sus existencias y pertenencia a un lugar en el mundo.

En esto la historia juega un papel primordial, no como información congelada en la frialdad de un monumento, la dureza de una placa o las páginas solemnes de los textos, sino como una presencia viva que golpea al ciudadano de hoy permanentemente, a través de la visión de los lugares y el contacto físico con las huellas del pasado que dan la noción de conexión y profundidad en el tiempo. Se trata de adquirir conciencia, independencia y soberanía, y en ello el saber que la historia de los habitantes de estos pagos es anterior la llegada de los castellanos es una herramienta vital.

Los querandíes poblaron el lugar, hicieron uso de sus recursos, lucharon por la conservación de su cultura, su independencia y su dignidad como hombres libres, por que tenían clara conciencia de su lugar en el mundo, su ser, y su relación con el medio que les daba la vida y su ser.

Los habitantes de La Matanza de hoy ¿Son capaces de luchar por su cultura, su independencia y su dignidad? Y ¿Tienen conciencia de su lugar en el mundo y su relación con el medio que les da vida? Quizás ahí esté el enlace entre los matanceros argentinos de hoy y sus primigenios habitantes.

La Junta de Estudios Históricos de La Matanza es un espacio destinado a la memoria y está al servicio de la comunidad.

Se puede solicitar información por e-mail a juntahis@unlam.edu.ar o consultar nuestro archivo personalmente de Lunes a Viernes en el horario de 10 a 18 hs en la Universidad Nacional de La Matanza, Florencio Varela 1903, San Justo. El teléfono es 4480-8967.

LA VIVIENDA OBRERA en la formación del Gran Buenos Aires (1890- 1940)

Enrique Inda

La necesidad de una abundante mano de obra para la ejecución del proyecto nacional conducido por la minoría gobernante hacia 1900, inevitablemente generó la existencia de un numeroso y cosmopolita proletariado, condenado a vivir en las casas de inquilinatos y sobre todo, en los terribles conventillos. La vida en los mismos ha sido descripta y pintada en una rica pero lacerante literatura, que ratificó, completó y amplió las sombrías denuncias de los doctores Eduardo Wilde en 1878 y Guillermo Rawson en 1885. El conventillo y sus condiciones infrahumanas fue la contracara brutal del progreso, el crecimiento y el desarrollo alcanzado entre 1880 y 1910. Pero fundamentalmente, el conventillo como triste institución tolerada o amparada por los gobiernos, quedará en la historia como el más dramático antecedente sobre el desprecio o la absoluta indiferencia por los derechos humanos, revelador del enorme costo social del proyecto agroexportador.

Para 1890, la escasez y la carestía de la vivienda, junto con el negocio inescrupuloso de los alquileres por miserables pocilgas, individuales o colectivas, provocó un problema habitacional que despertó la preocupación en el Gobierno y la codicia de los ejecutores y beneficiarios de una nueva forma de enriquecimiento: la venta de loteos urbanos. Primero se inició en 1887, en los suburbios de la Capital Federal. Eran ampliaciones del ejido histórico, sobre las zonas altas, bien ubicadas, que rápidamente hallaron compradores entre la clase media. La relativa estabilidad de la moneda, los bajos intereses y las facilidades de pago, permitieron que entre fines del siglo pasado y 1940 se formaran los mejores barrios porteños. Fueron construcciones modestas, de planta baja, funcionales, sólidamente construidas de mampostería, generalmente con jardín al frente, poco a poco beneficiadas con la extensión de redes de aguas corrientes, luz eléctrica, las líneas de tranvías y posteriormente, con empedrados y ómnibus. Más tarde, con los primeros colectivos.

Pero en la provincia de Buenos Aires, los remates fueron totalmente diferentes. Vastas extensiones de tierras, muchas de ellas propiedad de célebres personalidades, ubicadas en zonas bajas, insalubres, sobre los valles de los ríos Riachuelo – Matanza, Reconquista o Luján, fueron loteadas y vendidas en

solares de apenas 200 a 300 mts. cuadrados, con calles estrechas, sin suficientes reservas para escuelas, hospitales, plazas o parques.²³

A lo largo de las líneas ferroviarias o tranviarias y a partir de los núcleos iniciales de las estaciones, se empezaron los grandes remates. Precedidos por una gran propaganda periodística o volanteada en los portones de las fábricas, se lograba interesar a los trabajadores en el sueño del terrenito y la casa propia.

Para ello, en sociedad con las empresas tranviarias inglesas, se construyeron ramales hasta las zonas de los loteos. Primero en los tranvías y décadas más tarde en las “bañaderas” de excursión durante los domingos se trasladaba a los potenciales compradores. Sobre la tierra pelada, una gran carpa multicolor, una banda de música, puestos de cerveza y muy hábiles martilleros que ofrecían los lotes al mejor postor. Generalmente, se vendían con dos o tres mensualidades de seña y plazos de 80 y aún 100 mensualidades. En Villa Caraza, una zona extremadamente baja, y prácticamente sin agua por sus capas salitrosas, la base se establecía en 4 pesos.²⁴ (...) La fiebre de los remates cubría todo el Gran Buenos Aires.

El escándalo de los loteos

El nuevo negocio fue redondo. Se vendieron las peores tierras de los alrededores de la Capital. Extensiones inundables, con escasa o nula existencia de agua potable por las capas freáticas casi en la superficie. Tierras inservibles para la agricultura y ni siquiera como pastoreo, fueron vendidas y adjudicadas a los humildes trabajadores, desesperados por escapar de los tugurios de Buenos Aires. A un promedio de 3, 4 y 6 pesos por metro cuadrado, según la ubicación, la cuota ascendía a más de dos jornales de un obrero. Una cuota muy alta, considerando la inestabilidad ocupacional y los bajísimos salarios.

La clase gobernante lograba así tres objetivos: Primero, descomprimir tensiones sociales provocadas por las insostenibles condiciones de vida dentro de los conventillos y de los barrios superpoblados de Capital, segundo, alejar y dispersar a los trabajadores y sus familias hacia lugares distantes, evitando conflictos de las grandes concentraciones humanas insatisfechas²⁵, tercero, valorización de tierras pobres a través del asentamiento y el trabajo sacrificado de los nuevos propietarios, como base de centros urbanos, sin costo alguno para el Estado.

²³ Castiñeira, Alejandro, *Los espacios libres en la Ciudad de Buenos Aires*, 1929.

²⁴ La Prensa, Buenos Aires, 3 de Diciembre de 1910. Remates de tierras en Villa Caraza a 4 pesos, sobre la base de 80 mensualidades.

²⁵ El Diario, número especial del 1° de enero 1906: Avellaneda, con Lanús, 12000 habitantes; Lomas con Esteban Echeverría 9000, Morón, 4500. Total del Conurbano 33998.

La estrategia, durante décadas, fue siempre la misma, el loteo se anunciaba con servicios de trenes o tranvías, pero las primeras fracciones a venderse estaban a diez, quince y hasta veinte cuadras de las vías o estaciones. Rematadas estas fracciones de frontera, instaladas las precarias poblaciones, con su presencia se valorizaba el resto y las más cercanas, crecían en valor, sólo al alcance de los compradores pudientes. Naturalmente, la existencia de miles de habitantes sobre lo que otrora fueron campos vacíos, aumentaba el consumo, generando una gran actividad comercial, especialmente para los corralones de materiales de construcción, despensas, carnicerías, panaderías, negocios de ramos generales. De esta forma nacía, en torno a las estaciones, el centro comercial y las diversas actividades de servicios. Tiempo después se creaban escuelas, se instalaban boticas e incluso, se radicaba o establecía consultorio algún médico, condenado de antemano a una vida de sacrificios en territorios sin pavimentos, llenos de pantanos, zanjones y bañados.

Los trabajadores y sus familias, se convertían así en los pioneros del desarrollo urbano del Gran Buenos Aires y de los alrededores de las grandes ciudades como La Plata y Rosario.

Su Majestad el Rematador

Hasta la promulgación de la Ley 3487 de 1913, sancionada por la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, los loteos se realizaron sin tener en cuenta ninguna norma urbanística reguladora, sin reservas para escuelas, plazas, ni espacios libres. Se vendía hasta el último rincón, aunque fuera el lecho seco de alguna laguna. La impunidad era total. A partir de la Ley de 1913, las subdivisiones y loteos para la formación de pueblos, fueron algo más ordenadas y racionales, aún dentro de un concepto urbanístico que en esencia copiaba fielmente el damero de Juan de Garay, con una plaza principal, las reservas para los edificios públicos, una plaza principal, y en teoría, otra casa cuarenta manzanas o fracción menor de veinte.²⁶

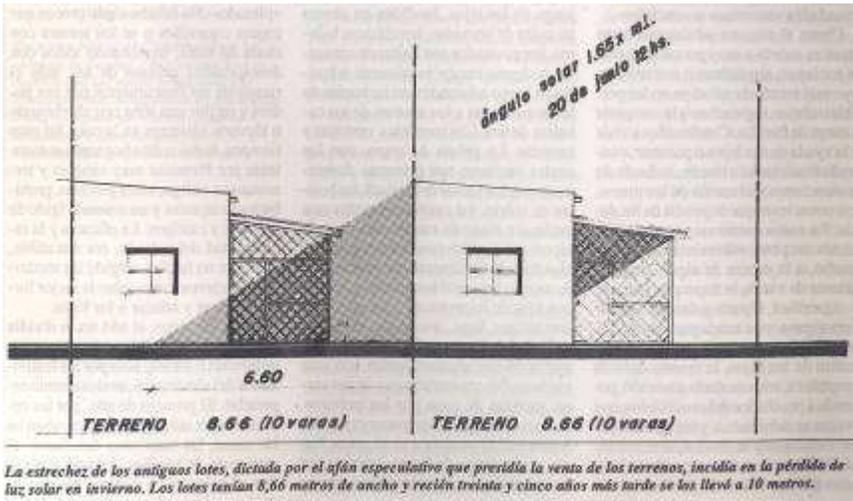
Mientras se importaba de Europa los mejores urbanistas, arquitectos y paisajistas para el trazado y ensanche de espléndidas avenidas que hoy constituyen el orgullo de Buenos Aires, La Plata o Rosario, los barrios periféricos creados por los loteos, se formaban modelados por las especulaciones de los rematadores. No se respetaba ninguna norma de sentido común, violando las propias disposiciones de la Ley 3487.

Las reservas obligatorias para casa fraccionamiento eran omitidas por hábiles maniobras de subdivisiones y parcelamientos sucesivos, que dejaban a los nuevos centros de población sin los terrenos para escuelas, sin avenidas, plazas o espacios libres. Un ejemplo revelador de estas maniobras toleradas por las

²⁶ Manual para subdivisión de tierras, Dirección de Geodesia, la Plata, 1959, Pág. 10.

autoridades municipales, es la Ciudad de Avellaneda, que sólo cuenta con una plaza principal. El ejemplo, con pequeñas variantes, se fue repitiendo en todo el Gran Buenos Aires.

El problema urbanístico no mejoró en décadas posteriores y continua hoy con las mismas falencias e imprevisiones de la Ley de 1913. Las únicas modificaciones introducidas fueron para el trazado de los barrios parques y ahora los countries, es decir, para registrar las nuevas concepciones urbanísticas, al alcance sólo de los sectores pudientes de la sociedad. Para los loteos populares, continuó el recticulado de lotes estrechos, calles estrechas, sin plazas, ni parques, ni campos para deportes, lo mismo y aún peor que durante la colonia española. La única alteración positiva se operó con el Decreto 7015 de 1944, abandonando el lote de 10 varas (8,66 m.) por el nuevo de 10 m. de ancho como mínimo. Aun así, considerando la declinación solar en pleno invierno, las medianeras dejan en sombra la mayor parte de las viviendas contiguas.



La vivienda obrera

Adquirido el terreno, comenzaba para el comprador la larga y para muchos, interminable aventura de construir la casa. Empresa que en oportunidades, le llevaba toda la vida. En primer lugar, el financiamiento de los materiales o mano de obra, necesariamente tenía que salir de los ahorros, si los tenía, la compra a plazos de los materiales, o la adquisición al contado, conforme a las posibilidades de su sueldo o jornal. La total ausencia de créditos oficiales o privados para gente sin bienes o empleos fijos, obligaba al poblador a ir haciendo una lenta y sacrificada tarea de ir haciendo su casa, paso a paso, con materiales de ocasión, todo muy lentamente durante años y a veces, décadas. La

falta de trabajo, una enfermedad o desgracia de familia, paralizaba la obra indefinidamente.

Por lo común, la mayoría construía casillas con chapas acanaladas de hierro galvanizado, la tirantería, pisos, cielorrasos, forros, puertas y ventanas eran de pino importado, que como las chapas sufrían un fuerte encarecimiento por los derechos de aduana, que llegaban a veces al 25 % de su valor real. Las viviendas eran de fácil y rápida construcción, pero su costo final muy elevado. Una casa con dos dormitorios de 4 x 4, galería de 2 x 4, cocina de 2 x 3, superaba los 1200 pesos. Una verdadera fortuna para obreros que percibían 2,3, o 3,50 por día. De ahí que la mayoría, cuando iniciaba la construcción, empezaba con una sola pieza o un pequeño ranchito provisorio.

Algunos extranjeros, si eran del oficio, levantaban una pieza de ladrillos sin revocar, dejando las trabas serrucho para las ampliaciones, techaban a una sola agua y a partir de entonces, contaban con una habitación inicial para refugiar a la familia y continuar con la edificación en la medida que iban pudiendo.

Toda casa comenzaba con la perforación de un pozo de agua, que se extraía con una bomba aspirante de la llamada "Sapo", para poca profundidad. Esta tarea la realizaban poceros especializados y también los propios vecinos, ayudándose entre sí. Bien lejos de la perforación de la bomba, en los límites de los fondos del terreno, se excavaba el pozo negro para la letrina. De ahí que cuando una persona tenía necesidad de usarlo, se decía que fue "al fondo".

Las casillas, salvo las variantes debidas a la habilidad manual o conocimientos arquitectónicos del obrero propietario, se las construía casi todas iguales, en forma sencilla, cúbicas, con techos a una sola agua hacia el terreno del frente, con una, dos o hasta tres piezas de 4 x 4, una galería corrida y una cocina al frente haciendo martillo. Las galerías, de anchos variables, en algunos casos se cerraban con barrotillos de madera de 1/4 x 1,1/2 pulgadas o simplemente con enredaderas de madre selva. Andando los años, la galería también era cerrada con una pared de ladrillos y ventanales de vidrios ingleses, es decir, opacos y de colores.

Las casas muy pocas veces se pintaban, salvo los marcos, ventanas y puertas del exterior. Las viviendas surgían solitarias, aisladas, como mojones dispersos en medio del campo. A veces al comienzo, sólo dos o tres por manzanas, lo que aumentaba la sensación de aislamiento.

Como todos tenían que ir a sus respectivos trabajos o empleos, debían levantarse con el alba, caminar las diez, quince, veinte cuadras hasta la estación ferroviaria o parada del tranvía. Con tiempo bueno, la caminata era pasable, en una época que el obrero acostumbraba a caminar leguas, para ahorrar el centavo. Pero en invierno, bajo la lluvia o nieblas de los bañados, la salida al amanecer y el regreso, chapoteando barro, era un suplicio que sólo pueden comprenderlo quienes tuvieron que sufrirlo durante generaciones y aún bien entrada la década del cincuenta. Y en algunas zonas, hasta el día de hoy.

Como no existía luz eléctrica, al caer la noche, las calles de tierra eran huellones

traicioneros, atravesados por charcos o zanjones permanentes. En ciertos casos, para sortearlos los vecinos construían pasarelas de madera, cotizándose entre todos para adquirir los materiales. Las poblaciones como Villa Diamante, Villa Caraza, Fiorito, Ingeniero Budge, cercanas a la línea del Ferrocarril Midland, hoy General Belgrano, en tiempo de lluvia era una sola laguna, donde por meses la viviendas quedaban cercadas por las aguas, escuchando noche y día el triste concierto del croar de ranas y sapos.

Cuadro igual se podía ver en las zonas bajas de Avellaneda, Villa Domingo, Valentín Alsina, Gerli, Piñeyro, Lanús Oeste y la parte rural de Lomas de Zamora.

Iluminación doméstica

Las nuevas viviendas no contaban con otra iluminación que las lámparas a kerosene, a carburo, faroles de carro o velas. Las lámparas a kerosene requerían tener siempre combustible a mano y un tubo de repuesto por las frecuentes roturas. Para que no se trizaran por un golpe de aire, se le colgaba una horquilla del cabello femenino. Las de carburo, exigían una diaria y cuidadosa limpieza y preparación. Quitar los restos de carburo agotado, colocarle piedras nuevas y el agua necesaria cuidando que el pico no estuviera tapado. Daban una luz blanca, brillante y potente, pero vuelta a vuelta estallaban por defectos de fabricación o de manejo. Los faroles de carro, apenas iluminaban el centro de una mesa, pero eran muy seguros en el exterior, pues no los apagaban ni el viento, ni la lluvia. Por último, estaban las velas, ensartadas en el cuello de una botella, en candeleros o palmatorias, causantes de más de un incendio.

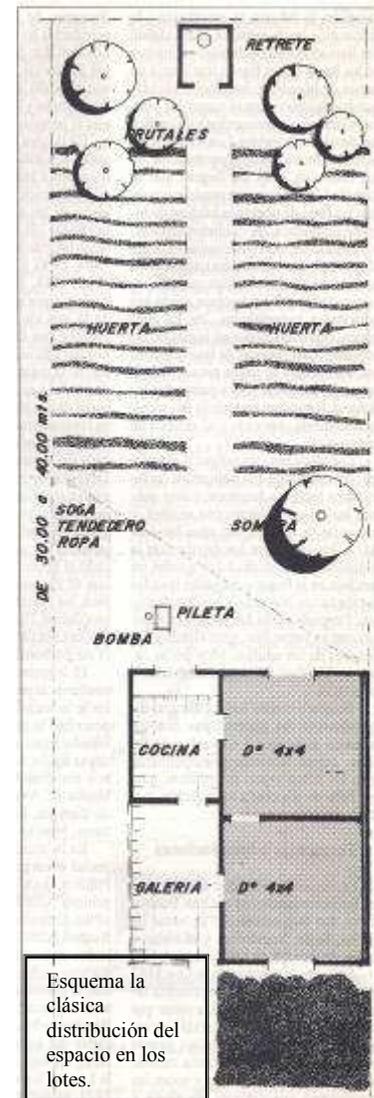
Cuando aparecieron los faroles a presión con camisa incandescente, llamados “Sol de Noche”, la iluminación a combustible mejoró notablemente, aunque su alto costo los tornaban inaccesibles para los hogares pobres.

Las cocinas

Como el resto de la vivienda, se las construía de chapa de hierro galvanizado y tirantería de madera, generalmente sin forro y con un cielorraso de arpillera gruesa blanqueada, para evitar el goteo de la condensación de humedad. Eran una heladera en invierno y un horno en verano, por su poca altura y falta de aislación.

La cocina, el lugar de estar y de reunión permanente de toda la familia, era el menos confortable. Con las chapas desnudas y ahumadas, el piso de tierra, ladrillos o cemento alisado. Como no se disponía de agua corriente y ni siquiera de un tanque elevado, tampoco se contaba con fregadero, ni desagües interiores. En algunos casos se le construía un fogón de mampostería, con una o dos hornallas de hierro fundido para colocar carbón encendido, cuya humareda y gases de anhídrido carbónico invadían el ambiente, haciendo llorar a los presentes. En estas condiciones, la sufrida ama de casa debía arreglarse para

cocinar, lavar la vajilla, servir la comida y planchar la ropa con plancha a carbón, o macizas de hierro, calentadas sobre un brasero.



Quienes hoy disponen de una moderna cocina, con mesadas, pileta de agua fría y caliente, horno y cocina a gas, buena iluminación, revestimientos azulejados, ventilación forzada de humos y olores, nunca podrán darse una idea de las incomodidades y molestias que debieron afrontar nuestras abuelas.

La ausencia de gas y fregadero imponía una múltiple tarea, compleja, repetida y cansadora. Primero salir al exterior, bombear el agua en un tacho, calentarlo sobre la hornalla o brasero, lavar en los platos y cubiertos, arrojar el agua sucia al desagüe exterior. Traer nuevamente agua limpia, enjuagar todo hasta terminar la limpieza. Decenas y decenas de viajes, saliendo y entrando, día y noche, con frío y calor, en busca de agua para beber, cocinar, limpiar. Precariedad total.

Combustibles

Como queda dicho, la comida se preparaba en el fogón interior de la cocina o sobre un calentador a kerosene. Pero, preferentemente, se utilizaban braseros a leña, improvisados en tachos de hierro o en los clásicos “Tres Patas” de hierro fundido. Se los instalaba en el exterior para evitar la humareda, colocándose sobre ellos ollas, pavas, cacerolas o sartenes. Naturalmente todo estaba ennegrecido, con una costra grasienta, de imposible e inútil limpieza.

En invierno, la familia se reunía en la cocina en torno a un maloliente brasero de carbón, o una palangana vieja llena de carbonilla encendida. ¡Cuántas muertes por asfixia provocadas por los braseros en habitaciones cerradas!

Extrañamente rara, era la casa que contaba con una estufa de hierro o ladrillo, con tubo chimenea al exterior. Salvo los que poseían una cocina económica a

leña, la mayoría desconocía las ventajas, la seguridad y la higiene de las estufas al estilo de las que se usaban en esa misma época en la Patagonia. En materia de comodidades domésticas el lejano sur, estaba mucho más avanzado. En cambio, en los loteos del Gran Buenos Aires, a pocos kms. de la Capital, todo era primitivo y pobre.

Para preparar el desayuno, calentar la pava o preparar comida rápida, se usaba el calentador “Primus” de procedencia sueca, de bronce, alimentado a kerosene. Su encendido requería contar con una alcucita de alcohol de quemar y agujas para destapar el pico. Una vez en marcha, el aullido estridente del mechero y su fuerte olor, se mezclaba con el aroma de la sartén o de la olla. También se usaban calentadorcitos de alcohol, sumamente peligroso por su derrame inflamable en caso de vuelco o estallido.

Salvo algunos pobladores criollos, pocos eran los que adoptaban el horno de barro y ladrillo. En algunos casos se adquirían hornillos de hojalata al que se arribaban brasas, bajo el piso y sobre el techo. Pero la inmensa mayoría carecía de horno y cuando preparaba un asadito con papas o pastel llevaban la asadera a la panadería más cercana. Naturalmente, en los primeros años de los pueblos, ni esa posibilidad tenían. Cocinar en estas condiciones, con poca leña, carbón malo, que explotaba en un perpetuo chisperío y se apagaba, o kerosene sucio, de mala calidad que tapaban los mecheros, ponían a prueba la habilidad y paciencia de las sufridas amas de casa.

Lavadero y baño

Para lavar la ropa, casi siempre se usaba un tacho de hierro galvanizado, instalado cerca o al lado de la bomba, con un desagüe directo hacia la quinta o la calle. Sin agua caliente, sin reparo alguno, la dueña de casa debía exponerse a los rigores del clima, lavando con el auxilio de la tabla de madera y colgando ropa en un alambre tendido sobre postes o en los propios cercos.

Ya se ha dicho que la primera instalación sanitaria era la lejana garita del retrete, distante de la casa y la bomba. Armada habitualmente con materiales viejos, a veces sin puerta, con una cortina de arpillera, estrecha, apenas con un techo para protegerse de la lluvia, tenía un piso de tablas con un hueco circular por donde subían los olores del pozo. Durante décadas, la letrina fue el único WC disponible. Por consiguiente, para evitar salir afuera de la casa durante la noche, en los dormitorios se utilizaban las “tazas de noche” o bacinillas, disimuladas bajo la cama, que se vaciaban y lavaban todas las mañanas.

Para los que han nacido contando con baño instalado, inodoro, bidet, ducha, bañera, lavatorio con agua fría y caliente e incluso calefacción no pueden llegar a comprender las condiciones de extremas dificultades que debieron soportar los primeros pobladores para su higiene personal y particularmente las mujeres para el aseo femenino.

Eran tiempos tan duros, que la clase obrera no podía gastar siquiera en papel higiénico, usando en su reemplazo periódicos recortados o trapos especiales

diariamente lavados.

Además, como las aguas subterráneas, casi siempre eran salitrosas o muy duras, todas las mujeres debían recoger agua de lluvias y conservarlas en tinajas y damajuanas, por lo menos para lavarse el cabello.

Ducha

Para bañarse, careciéndose de ducha, toda la familia utilizaba el tacho grande de lavar y muy excepcionalmente una bañera de zinc, instalada en la cocina, clausurada como tal y momentáneamente convertida en cuarto de baño. Los que disponían de mayores recursos, en vez de una bomba sapo, compraban una bomba aspirante-impelente llamadas pie de molino, con cilindro sumergido, que por medio de una corta cañería permitía llenar un tanquecito o depósito instalado sobre el techo de cualquier cuarto o tinglado para armar una ducha. Aunque simple, su alto costo, la ponía fuera del alcance del obrero medio.

En otros casos, para suplir esa instalación mínima y necesaria, se recurría a las regaderas comunes, colgadas del techo, inclinadas a mano. A la noche, antes de acostarse, la madre obligaba a los niños al lavado de pies en un tachito utilizado a tal efecto. Lo mismo hacía el padre que regresaba muerto de cansancio, para aliviar sus pies, martirizados por muchísimas horas de pie o caminatas polvorientas.

Recién a fines de la década del veinte y principios del treinta, a medida que mejoraban las condiciones económicas por el aporte de los hijos con edad para trabajar y ayudar al hogar, las viviendas obreras fueron adoptando los baños de material, cercanos a la casa y aun en su interior con instalación de agua bombeada para la ducha y el inodoro. Era un progreso sanitario notable, pero al carecer de cloacas, su proximidad con la perforación de la bomba provocó un nuevo peligro de contaminación, que aún permanece sin resolver para un gran número de habitantes del Gran Buenos Aires.

Un mobiliario elemental

Debido a los escasos medios disponibles para financiar la primera etapa de la vivienda, el amoblamiento era sumario y elemental, nuevo o usado. Si se conseguía un crédito a plazos en los comercios de los rusos, se adquirían las antiguas camas de hierro o madera con elásticos de malla metálica o flejes rechinantes, los llamados alcahuetes, porque denuncian cualquier movimiento sospechoso durante la noche. Se completaba con colchones de lana o estopa. Nada de alfombras. Luego si se podía, se le agregaba un ropero de pino, alto, estrecho, incómodo, con cajones que se atascaban los días de humedad, pero con el infaltable espejo vertical. Una mesa común, algunas sillas de álamo y asiento de junco trenzado procedente del tigre, o bancos caseros. Todo era mínimo, escaso y rústico.

Si había niños, las cunas se improvisaban con un cajón y si eran de mayor edad,

dormían dos o tres en una cama. Ni el espacio, ni la ropa, ni el presupuesto permitían mayores comodidades.

En el exterior de las puertas, se colgaban cortinas de juncos, enrollables que tamizaban la luz, permitían la ventilación y detenían las moscas. Para las ventanas, cortinas tejidas o bordadas con motivos florales o angelitos.

Y para terminar, quienes podían comprarlo, colgaban el imprescindible mosquitero para defenderse de las nubes de mosquitos procedentes de zanjas y pantanos.

Vajilla

Considerando que los comienzos de la construcción personal de la vivienda demandaba un esfuerzo titánico, superior a los magros e inseguros salarios que se ganaban, el hogar funcionaba por largo tiempo, con los elementos mínimos de un campamento.

La vajilla era escasa, lo indispensable, una olla, una cacerola, una pava, todo de hierro enlozado, una sartén, fuentes, platos, jarros, tazas también enlozadas con sus inevitables saltaduras. Los juegos de loza, copas y vasos, si los había, casi siempre como regalo de casamiento, se los reservaba celosamente encajonados para ocasiones especiales. Cucharas, tenedores, cuchillos con cabo de hierro y raramente un juego de bronce o de alpaca.

Menú

Las pocas comodidades disponibles, imponían también hábitos de comida muy sencillos y poco variados. Como no se contaba con heladera, la carne se debía adquirir diariamente y, en el mejor de los casos conservarla en las fiambreras, armazón de madera y malla metálica que impedía la entrada de moscas, insectos y lauchas, colgada en lugares aireados y frescos. De ahí la necesidad de cocinar la carne de vaca o capón en el día, ya fuera en puchero, guiso, asado o milanesas.

Como el aceite era todo importado y muy caro, pues aún no se producía en el país, la familia obrera freía todo con grasa de vaca, que se adquiría y derretía para aprovechar los chicharrones, y comerlos con pan y sal. La escasez de verduras, leche, manteca, queso, dulces, frutas, determinaban una dieta desequilibrada. En los hogares de inmigrantes europeos, especialmente italianos, el amasado de pastas para fideos o ravioles eran la excepción. El churrasco, las sopas, las papas fritas, el puchero, los guisos y muy de tanto en tanto, la mazamorra o el arroz con leche, constituían la base de la comida familiar. Como postres dominicales o de fechas especiales, las tortas fritas, pastelitos, empanadas o buñuelos y para los niños, las floritas de maíz.

En cuanto a la bebida, se tomaba vino tinto y se reservaba alguna botella de cerveza para las visitas. Durante el verano, el vino se adquiría a la hora del almuerzo en los almacenes cercanos que tenían heladera. Caso contrario, las

bebidas se refrescaban bombeando un rato sobre las botellas o sumergiéndolas en los aljibes, donde contaran con ellos.

La huerta

La mayoría de los pobladores, aparte de la construcción de sus viviendas, labraban un pedazo del terreno para la quinta. Así lograban contar con repollos, lechugas, acelga, coles, zanahoria, y sobre todo, tomates, durante la temporada. La quinta obligaba a un riego abundante a diario, tarea reservada a la madre y los niños. El padre, en los ratos libres que dejaba la construcción de la casa, o los domingos, punteaba la tierra y preparaba los canteros para los almácigos.

Por último, se plantaba algún limonero, parras y frutales de muy lento crecimiento por la pobre calidad de la tierra. Como forestación para sombra, se implantaban sauces, álamos o paraísos, bajo los cuales, ya crecidos se reunía la mesa familiar, durante el verano escapando al calor del horno de la cocina o de la propia galería de chapas.

Animales domésticos

A la pequeña quinta laboriosamente trabajada y abonada, los pobladores le sumaban algún corralito para unas pocas gallinas a fin de tener huevos frescos y algún pollo para una celebración. Si había alguna laguna cercana o bajos anegadizos, criaban patos y aún gansos. Si la vivienda estaba rodeada de baldíos, algunos los cercaban para sembrar maíz o cultivar papas. A medida de que los solares se iban ocupando por los respectivos propietarios – muchos compraban los lotes y pasaban años abandonados- se reducían los amplios espacios disponibles y se volvía a la conflictiva proximidad entre vecinos linderos de distintas nacionalidades, cargados de hijos. Era entonces cuando se revelaba en toda su magnitud la avaricia de los rematadores y la complicidad culpable de las autoridades municipales, el autorizar terrenos de apenas 8,66 m de ancho y aun de 7 m, en medio de un país desierto. El mal sigue presente hasta el día de hoy, con muy ligeras mejoras, como el mínimo establecido de 10 m en 1944.²⁷

Vida cotidiana

Adquirir un terreno a decenas de cuadras de la estación ferroviaria o del tranvía y décadas después, lejos de las rutas camineras, obligaban a levantarse muy temprano, apenas desayunados con unos mates, mate cocido o café negro, preparado a la disparada en el “primus”. Muchos trabajadores, por costumbre o falta de tiempo, salían de sus casas en ayunas, entonando el estómago con una ginebrita antes de entrar al taller, fábrica o la obra. Si tenía que llevar comida, la

²⁷ Manual para la subdivisión de tierras, Pág. 9.

mujer debía prepararle algo frío para el almuerzo. Recién a la noche, a su regreso, podría cenar sin prisa y más abundante. Este régimen de vida, con sus largas caminatas, viajes en tren o tranvías, más las interminables jornadas de trabajo de hasta 16 hs. mal comidos y peor abrigados, atentaban contra la salud del obrero y lo dejaban sin defensas ante cualquier enfermedad.

Mientras la población era pequeña y dispersa, la madre o los chicos, debían trasladarse hasta la carnicería y la panadería cercanas a las estaciones. Si les concedían crédito, compraban con las famosas libretas, cuyos garabatos indescifrables, luego se traducían en sumas que llevaban parte considerable de la quincena, del sueldo o la changa.

Los más previsores, cuando cobraban, adquirían los comestibles para todo el mes o quincena, en los grandes almacenes de Buenos Aires o en la Cooperativa El Hogar Obrero.

Si los chicos estaban en edad escolar, lo corriente era que tuvieran que caminar veinte o treinta cuadras hasta llegar a la escuela o tomar el tranvía para la más cercana. El recorrido, como el de los padres, eran senderos abiertos a campo travieso entre fachinales espinosos, saltando zanjas y atravesando bañados.

Pero había casos en que la madre también trabajaba en las fábricas, talleres, frigoríficos o como sirvienta en Buenos Aires. Entonces los chicos quedaban solos todo el día, o cuando menos con la compañía de los abuelos o vecinos.

Aparte de ir a la escuela, hacer los deberes, los chicos tenían la obligación de juntar leñitas para encender los braseros o recoger bosta de vaca como combustible o abono. Además, bombear los tachos de agua para regar la quinta, tarea sagrada, cuyo olvido era pasible de severas reprimendas.

Escalas sociales

Aunque todos los pobladores de los lotes eran modestos trabajadores o empleados, algunos de muy limitados recursos, a poco que se iban estableciendo, se marcaban diferencias de estatus y escalas sociales. Primero se destacaban los empleados públicos: policías, municipales, agentes de organismos nacionales o provinciales y hasta suboficiales del Ejército o la Marina. Constituían un grupo privilegiado, fundamentalmente porque disponían de un sueldo mensual seguro y se notaba en sus ropas, su alimentación, el tipo de vivienda y cierto aire de independencia, sin arrogancia. Después venían los que trabajaban en grandes empresas, como los ferroviarios, tranviarios, metalúrgicos, de las barracas de lana, portuarios, textiles, fábricas de carros, de los frigoríficos, casas de comercio y otras actividades. Y finalmente estaban los estibadores y obreros de la construcción: albañiles, yeseros, frentistas, carpinteros, pintores, picapedreros, artesanos y simples peones o changadores. Sufriendo todas las crisis periódicas de la falta de trabajo y los reducidos sueldos.

En la última escala se hallaban las costureras a domicilio, mujeres que tomaban trabajo de importantes firmas dedicadas a la ropa de confección, con sede en

Buenos Aires. Según el tipo de labor, durante una semana o dos, debían armar, coser, pegar botones, ojalar, planchar y entregar al taller enormes paquetones de ropa, severamente examinada, descontándose cualquier error o falla de la magra paga o devuelta lisa y llana para corregirla. Puede afirmarse que fue el trabajo peor pagado y el más sacrificado, pues la mujer dueña de casa, aparte de atender y realizar todas las tareas del hogar, debía pedalear por días y días hasta altas horas de la noche, a la luz de una lámpara para terminar y cumplir los plazos de entrega, aunque su espalda se doblara en cansancio. Después venía el largo viaje con el paquetón a cuesta hasta el tranvía o la estación ferroviaria y de ahí a Buenos Aires, para retornar a su hogar, cargada con un nuevo encargo y la satisfacción de haber comprado con la mísera paga, algunas provisiones de alimento para los hijos, que ya grandecitos, solían ir hasta la vía para esperar su regreso.

Los niños

En las nuevas poblaciones que se crearon en el Gran Buenos Aires, los niños transplantados desde los conventillos, inquilinatos o las famosas piezas carcelarias de la Capital federal, fueron los más beneficiados con el cambio.

Las viviendas en construcción sobre potreros desnudos, les brindó por lo menos un horizonte limpio y abierto a todos los rumbos, aire puro y un ámbito de gratificante libertad. Terminó el encierro entre muros sórdidos, conocieron por fin, la belleza de la salida del sol, y el espectáculo silencioso de los rojos atardeceres del campo. Por primera vez, pudieron contemplar la presencia de la luna y estrellas o el parpadeo zigzagueante de las luciérnagas.

A pesar de las incomodidades y dificultades propias de toda casa a medio hacer y las tareas asignadas y exigidas a los chicos, a veces superiores a sus fuerzas y edades, no por eso dejaban de comportarse como tales, felices y contentos.

Como los padres carecían de dinero para comprarles juguetes, los chicos se las ingeniaban para fabricárselos ellos mismos. El juego de la viyarda, pacientemente y prolijamente labrada a mano, el juego de los tejos, fundidos en plomo con cajitas de pomadas, los clásicos baleros, improvisados con latitas de conserva. Los barriletes, cometas y tarascas. Las pelotas de trapo, con las cuales iniciaron sus primeras demostraciones los ídolos del fútbol, las bolitas de vidrio, los carritos armados cualquier clase de ruedas, los aros de hierro conducidos con una horquilla de alambre. Y finalmente la producción de armas: las temibles gomeras hechas con tiras de neumáticos y las alambres arrojadas, lisas, trenzadas, rígidas o articuladas. Era increíble la puntería y precisión que algunos tenían con esas cimbras. No era extraño que en sus cortas partidas de caza por los potreros, volvieran con perdices, patos o toda clase de ave o cuís que se pusiera a su alcance. Nadie usaba armas de fuego, primero por inaccesibles y, principalmente porque ningún padre la confiaría a sus hijos. Allá por la década del treinta, aparecieron en las ferreterías, los llamados “Matagatos” de bajo costo, sumamente peligrosos, con los cuales, más de un

chico o muchacho se hirió a sí mismo o a sus compañeros. Una de las grandes diversiones lo constituían la pesca de ranas en zanjas o bañados para comerlas fritas en casa o venderlas en las fondas del pueblo. Y la gloria mayor, durante los veranos, era escaparse a la hora de la siesta para bañarse desnudos en las numerosas lagunas, con su infaltable cuota de ahogados en los pozos traicioneros.

En cuanto a las niñas, jugaban con los arcos de mimbres lanzados por dos varitas, o se entretenían con la gallina ciega, la mancha, las rondas y canciones como “La Farolera de la Puerta al Sol”, “Antón Pirulero”, “Mambrú se fue a la Guerra”, “Arroz con leche” y otras muchas de inocente entretenimiento.

Los varones que ya tenían diez, doce y catorce años, todos de pantalones cortos a media pierna, una especie anticipada de las bermudas, el ideal mayor era contar con un centro de reunión fuera de la casa de los padres. Una especie de club selecto, generalmente instalado en los potreros, junto a un barranco, o una depresión excavada en el terreno.

En ese lugar, se encendía y tomaban mates calentando el agua en una lata, con yerba y azúcar robada de una casa o adquirida por algún “platudo”. No faltaba algún precoz que trajera cigarrillos o se los armara con chala de maíz, terminando todos con desesperados accesos de tos, más el riesgo de ser descubiertos por sus padres y recibir una soba con el rebenque o algunos varitazos en la cola. En esos tiempos, la disciplina hogareña se mantenía por fórmulas muy simples y terminantes, obligaciones precisas, prohibiciones tajantes y un sistema rígido de premios y castigos. La eficacia y la racionalidad del método, era discutible, pero aún no habían surgido las modernas interpretaciones sobre la mejor forma de educar a los hijos.

Para los niños, el año se dividía en semanas, quincenas o meses: sino por las festividades del almanaque, ansiosamente esperadas. El primero del año, por las comidas especiales que se preparaban en las casas, las reuniones, el estruendo de bombas, cohetes y petardos, disparos de escopetas o revólveres, el sonar lejanos de los pitos de las fábricas, el ronco son de las sirenas de los barcos y de la Prensa, algún reflector iluminando el cielo, o el vuelo silencioso de algún globo de papel, alejándose lentamente en la serenidad de la noche.

La Fiesta de Reyes, era recibida con secretas esperanzas y candorosas fantasías. Dejar los zapatos o las alpargatas en la galería, era un ritual respetado, aún por aquellos que sabían o sospechaban el origen de los pobres regalitos de los padres. Pero nadie se atrevía a romper la magia del misterio de los Tres Reyes Magos, llegando hasta el humilde caserío.

En la Semana Santa, se sabía que se comería mucho bacalao, sardinas y pescados. Los más pobres, guisos de porotos y arroz con papas. Los criollos prendían velas a los santos, en el interior de la vivienda, pero no se privaban de un asadito.

Las celebraciones del 25 de mayo y el 9 de julio eran precedidas por largos preparativos en las escuelas y en los hogares. En la escuela, esos días se

concurría con puntualidad prusiana, duros como estatuas, lagrimeando de frío y los pies insensibles para el izamiento de la bandera, cantar el Himno Nacional y la Marcha de San Lorenzo. Luego venía el jarrito de chocolate caliente con bizcochos y el desbando hacia las casas, donde se doraba el asadito familiar y la madre preparaba la mesa con fuentes de empanadas y pasteles. En esas fechas, hasta las familias más pobres estrenaban algún calzado o alguna ropita nueva. Venían parientes, se hablaba de política, de los problemas del pueblo, del costo de la vida, las huelgas, las enfermedades de parientes o vecinos. Los chicos esos días, gozaban a lo grande porque había mucho para comer y se aflojaba la disciplina. Así correteaban en torno al fogón, comiendo a dos carrillos, carne asada, chorizos y morcillas. Y al atardecer, la familia se reunía en torno al chocolate, comentando la fiesta en la escuela o acontecimientos vecinales. Y en época de crisis, por lo menos la reunión se celebraba con una mateada y tortas fritas o algunas medialunas o tortas aportadas por algún familiar. Porque entonces, era costumbre y preocupación invariable, no visitar a nadie con las manos vacías. Muy especialmente, donde se sabía que no andaban bien en el trabajo y tenían chicos.

El 12 de Octubre o Día de la Raza, aparte de la reunión escolar, el largo discurso del director, la fiesta tenía un carácter cosmopolita: junto a la bandera argentina, aparecían extrañas banderas españolas, italianas, polacas, alemanas que llamaban la atención de los niños por su colorido. Eran los inmigrantes que se asociaban a la fiesta común, de una nación en formación. Ese día casi siempre, se realizaba un partido de fútbol entre equipos de pueblos vecinos, e incluso alguna carrera cuadrera o de sortija, con gran exhibición de pingos, aperos y jinetes, que podían terminar felizmente o con algunos talerazos, alguna rodada y piernas rotas.

Finalmente, llegaba la Navidad. Aún los pobres de solemnidad, iban aprovisionándose de frutas secas, nueces, avellanas y sobre todo, castañas españolas, que se comían asadas o hervidas con vino. No faltaba el pan dulce horneado en el horno de barro o la panadería, los turroneos de Alicante y alguna botella de anís, regalo de algún amigo o vecino.

A falta de iglesia, la familia iluminaba con velas alguna estampa del nacimiento. En cada hogar, los miembros de las distintas nacionalidades, recibían la fecha de la cristiandad, entonando sus propias canciones y coros. Ahora, todos ellos, en la soledad de esos potreros salitrosos e inundables, donde construían sus hogares, a la luz de un farol, una lámpara o unas velas, estaban hermanados con los criollos en una nueva epopeya de trabajos, padecimientos y esperanzas en el porvenir de la Argentina y de sus hijos.

Pero las principales festividades que atrapaban la imaginación y despertaban el espíritu de competencia de los chicos, eran los carnavales de San Pedro y San Pablo. Los carnavales tenían una atracción irresistible; todos querían participar con sus disfraces improvisados, las murgas, las comparsas con sus excitantes ensayos, sus ropas y desfiles. Y fundamentalmente para los adolescentes, los

bailes, la oportunidad de conquistar “simpatías”, sacar “filos”, que andando el tiempo podían llegar a noviazgos.

Sin embargo, la fiesta de las fiestas eran las fogatas de San Pedro y San Pablo. Dos meses antes, cuadrillas de niños se movilizaban arrancando yuyos y los amontonaban alrededor de un poste para levantar la parva piramidal de la quemazón. En todos los barrios ocurría algo similar. La fiesta era organizada y preparada exclusivamente por los niños, pero el día de la quema, acudían todas las familias de los contornos. Cada una aportaba su cuota de papas y batatas para asarlas al rescoldo. En el centro de la parva de ramas y maleza, se ataban con alambres un racimo de botellas vacías para que se fundieran con el calor, a la espera de que surgiera alguna milagrosa obra de arte. Y cuando cerraba la noche, aguantándose el frío de las heladas de junio, se procedía al encendido. Las llamas ascendían hasta el cielo en medio de un gran chisperío. A lo lejos se veía el resplandor de otras quemazones y todos ansiaban, que su fogata fuera la más grande, la más alta, la que durara más tiempo y se viera más de lejos.

Para rematar la fiesta mientras los chicos cantaban y saltaban agitando varas encendidas, las familias comían las papas y batatas asadas a las brasas. Algunos convidaban con una botella de anís o caña dulce para las damas mientras los hombres para matar el frío, vaciaban en largos tragos, algunas botellas de ginebra Bols, cuyos porrones de barro cocido, luego se usaban con agua caliente para calentar las camas.

Reflexión Final

Medio siglo después, al llegar la década del cuarenta, las poblaciones formadas sobre los loteos del conurbano bonaerense, se estabilizaron como localidades importantes, hoy ciudades, extendidas a lo largo de los ramales ferroviarios y rutas troncales abiertas hacia el este, sur, oeste y norte. Pero entonces, reapareció el viejo problema: la falta de vivienda para las nuevas generaciones, ahora en una época distinta, sin el arrojo, ni el espíritu pionero de las anteriores. A eso hubo que agregarle el éxodo rural como consecuencia de la crisis agraria y la inmigración del interior del país, atraída por la creciente industrialización, a partir de la Segunda Guerra Mundial. Suben los alquileres, se torna difícil, cuando no imposible, encontrar alojamiento, lo mismo que en 1890 y 1900.

Todos los proyectos de viviendas ejecutadas por el Estado desde la sanción de la Ley 9677 de 1915 proyectada por el diputado radical doctor Juan F. Cafferatta, creando la Comisión Nacional de Casas Baratas, la acción desplegada por la Administración Nacional de Vivienda desde 1945, las construidas por todos los institutos provinciales, las aportadas y financiadas por la Cooperativa. El Hogar Obrero e instituciones similares en todo el país nunca consiguieron satisfacer el ritmo de crecimiento de las necesidades habitacionales de la población.

En el Censo Nacional de 1980, el déficit se estimaba en 2.500.000 viviendas, en el de 1991, esa suma de diez años creció en forma vertical. El sólo aumento

vegetativo de la población, requiere la construcción de por lo menos, unas 125.000 unidades anuales y para enjuagar el déficit pendiente de 217.000 a 250.000. Pero observando las cifras del último censo, el aumento de viviendas en la década del ochenta, sólo ascendió a un promedio de 168.000 viviendas por año, sin tener en cuenta que el FONAVI, desde 1976 hasta fines de 1989, apenas llegó a terminar 23.206 unidades por año.

Como una cruda manifestación del estancamiento argentino, hemos regresado a la vigencia de viejos hoteluchos transformados en vulgares conventillos, a la propagación sin término de villas miseria dentro y fuera de la Capital federal y en todas las ciudades del país, en cualquier parte, desde las playas ferroviarias, hasta bajo las autopistas, puentes y viaductos. Los asentamientos sobre tierras fiscales o privadas, sin los servicios públicos más elementales ni el más mínimo confort, donde viven condenados a una precariedad física y patrimonial permanente miles y miles de familias, es el resultado último de la total ausencia de una política nacional de viviendas, con continuidad, sólidas bases de financiación y aplicadas sin interrupciones políticas a través de los tiempos. La industria de la construcción, madre de la industria y multiplicadora de fuentes de trabajo, en las décadas del cuarenta, cincuenta y sesenta, alcanzó el nivel más alto de su actividad. Hoy languidece en el suelo, por falta de inversiones.

Mientras la moneda mantuvo una relativa estabilidad, fue posible la compra de terrenos, casas, departamentos o la construcción con el esfuerzo propio. Pero la inflación, las monstruosas indexaciones, quebraron toda posibilidad de crédito y desde entonces, sólo los sectores de altos ingresos pudieron adquirir o edificar sus propias viviendas, muchas veces con créditos de privilegio, que desnaturalizaron los fines y fundieron al Banco Hipotecario Nacional.

El déficit de viviendas es un gravísimo problema social y una muy seria cuestión de estado, que detiene la formalización de la familia, incluso la desintegra. Impide el natural crecimiento demográfico, bajo un techo digno, cómodo y seguro.

El régimen liberal por medio de loteos de lagunas y bañados, arrojó a los trabajadores, fuera de los límites de la Capital Federal. En 1945, los hijos y nietos de aquellos sacrificados trabajadores, cruzaron los puentes del Riachuelo, avanzaron sobre la Plaza de Mayo y promovieron una revolución social, económica y política, cuyos objetivos pendientes tienen plena actualidad.

El Gran Buenos Aires, con la enorme concentración industrial semiparalizada, la carencia de servicios públicos imprescindibles como el agua, cloacas y pavimento, la contaminación ambiental y el empobrecimiento de grandes sectores sociales, se han convertido en el árbitro impredecible del destino electoral de todos los gobiernos. Ese enorme y explosivo poder de la soberanía popular es la consecuencia y una histórica revancha, por todos los padecimientos presentes y pasados de una clase social con un siglo de postergaciones e injusticias intolerables.

**Fragmento del Libro: Nostalgias de un tiempo que pasó, Crónicas
Ramenses**

Marcelo O. Ohienart

La noche que se fue □

"Hay recuerdos que no voy a olvidar..." amta Fito Paez y justamente de eso se trata, de los recuerdos. Trataré de rememorar los distintos boliches que hicieron historia en la noche de Ramos Mejía. Cual si fuera un recorrido turístico, voy a comenzar por la avenida Gaona. Llegando desde Capital, el primer boliche con el que uno se encontraba era "Barbazul", un castillo feudal, justo en Gaona y General Paz. Más adelante, el "Bowling West", la próxima parada era "El Cepo", en Gaona y República, si bien estos estaban en Ciudadela los incorporaremos como parte de la "movida ramense", al igual que el "El Golfito, Brutale", Gaona 2626 y "Notte", este último ya en Ramos, Gaona al 2700.

Si el rumbo elegido era Rivadavia, "Camelot", más tarde "Casino" y hoy, "Vinicius", irrumpía con su magnificencia de castillo medieval con portón levadizo incluido. Su público rondaba los 25 a 30 años, era el local para los mayores. Al lado, estaba "Cílope" del que hasta el 2006, se preservaba su fachada. Era la cita obligada, antes de Camelot.

En la esquina de Necochea y Rivadavia, un clásico de los setenta y ochenta era "Christopher". En su barra se acodaban los muchachos en un remedo del viejo estafío para observar la belleza femenina que, como siempre en Ramos es superlativa.

A sólo una cuadra se erguía orgulloso con sus letras de madera sobre un salpicré blanco en el frente, otro "templo" de la noche ramense: "Juan de los Palotes". Muchos recordaran que entrar a "Juan" era sumergirse en un túnel abovedado desde el cual se ingresaba a su pista, cerca estaba la primera barra. Cuando Hoy lo veo concertado en playa de estacionamiento me dan ganas de llorar.

El tránsito en la avenida Rivadavia era a paso de hombre, ese recorrido fue conocido como "la vuelta al perro" que antes se hacía en Flores y luego se trasladó a Ramos Mejía. Sobre la misma Rivadavia se encontraban una serie de boliches: "Poupe", "Sie Thao", "Capote" y "Yesterday". Eran confiterías de luz tenue, donde los mozos solían atender con una linterna en la mano.

"Ayeres", inaugurada en 1964, ubicada en Rivadavia 14.234, trabajaba con los elegantes de la zona. En esa misma cuadra, existió "Boa", que ofrecía espectáculos con números en vivo. Pasaron por su escenario y fueron promocionados como: "La noche del debut de la Desfirevista, con la comicidad de Triky y Almirón, con el show estelar de Reina Reech y Juan Bautista, acompañados en la pasarela por Muñeca Moure, Ester Noemí y Fernando Mazzei".

Al 14.300 estaba Il Corno. Láminas de los Vétales, muebles de acrílico rojo y verde, aspecto juvenil en dos plantas, Allí se estacionaban los más adolescentes.

"Jonás" tenía una fachada muy bien elaborada, todo su frente era un corte transversal de un barco tipo galeón. El progreso dio paso a carteles de neón que hoy anuncian la venta de electrodomésticos. Habría que hacer una pasada por Av. de Mayo y Belgrano, ya que frente a la sucursal del Banco Provincia estaba "Nathan Pool" y sobre la avenida "Jet Set" y "Saloon".

Otra movida para un enfoque de edad diferente, era la de avenida Gaona. Circular en automóvil, sólo era posible a paso de hombre. A lo largo de sus cuadras se agrupaban "Pool King", "For Export", "Stadium", "Lo de Hansen", "Crash", "Lord Byron" y "Viejo Café". "For Export" fue escenario de algunas películas argentinas. Era una casona tipo Tudor, a la que se le había añadido adelante una columna vidriada que contenía un ascensor por el que se accedía al primer piso, luego de atravesar un puente, también vidriado. "Stadium" en Perera y Gaona, tenía un frente armado con una estructura tubular con acrílicos verdes y blancos. Por su parte, "Lo de Hansen" en Alvarez Jonte 395, era un lugar con sillones de mimbre, todos rayados y cuadros coloniales, que daban al reducto un dima de quinta de fin de semana.

"Crash" tenía como particular sus pistas circulares las que eran rodeadas por una escalera y junto a ella, se repartían asientos reservados. "Lord Byron" y "Viejo Café" marcaron nuevas modas, el primero era un tipo café inglés, en cambio el segundo, resultó una innovación para la época: fue uno de los primeros piano bar con cerveza y cáscaras de maní que tapizaban el suelo. Desde ahí se pegaba la vuelta para llegar hasta, seguramente el símbolo de Ramos Mejía, "Pinar de Rocha", sobre la segunda Rivadavia. Jamás debe haber imaginado Dardo Rocha que la estancia, inaugurada en 1864, en la que pasó algunas noches, se concertaría después de más de cien años en una boîte de moda. "Pinar de Rocha", o simplemente "Pinar", tenía en su jardín una jaula en la que permanecía encerrado un puma. Esa misma jaula se mantuvo junto a un árbol más allá de los embates del tiempo. Hubo un tiempo en que se cerró, y luego se lanzó su reapertura como mega centro de esparcimiento. Ser habitué se premiaba con una distinción: La llave del Pinar.

El 28 de Agosto del 2008 RAMOS MEJIA cumplió 150 años

Dra. Hilda Noemí Agostino

En 1858 el ferrocarril decidió el trazado de vías férreas hacia el oeste y al iniciarse las obras, sin autorización alguna, atravesaron los campos de la Viuda de Ramos Mejía, Doña Antonia Segurola. Enterada del hecho, la señora otorgó el permiso necesario, pero poniendo como condición la creación de una estación en sus tierras y procedió a donar los terrenos para esa obra el día **28 de agosto de 1858** con una simple nota manuscrita. Se ignora donde y cuando comenzó a circular el mito de que en sus orígenes Ramos Mejía fue un apeadero, eso nunca ocurrió. Fue la Estación “San Martín”, luego “Lavalle” (los Ramos Mejía y los Lavalle eran parientes) y por último “Ramos”. El apellido compuesto de la estación nace de la propia comunidad y así se instala y perdura.

Es la señora Segurola de Ramos Mejía la fundadora del pueblo con su donación de tierras. La estación se constituyó en el núcleo central de la población que se fue erigiendo. Sin embargo, la comunidad comenzó a vincular los orígenes de su localidad con la fundación de la Escuela de Varones N° 2, ignoramos por que influencia, fundada el día 29 de agosto, pero esto constituye un error histórico ya que la escuela fue fundada para San Justo, desde la provincia de Buenos Aires, dado que Ramos Mejía todavía no existía. Desde este lugar, rendimos homenaje a la localidad de Ramos Mejía, en sus jóvenes 150 años esperando que algún día la fecha de nacimiento y los festejos centrales coincidan, porque esto indicaría que la verdadera historia basada en trabajos de investigación se abre paso y la comunidad la acepta.



150 AÑOS DE RAMOS MEJÍA

CD Interactivo “Breve Historia de La Matanza en imágenes”

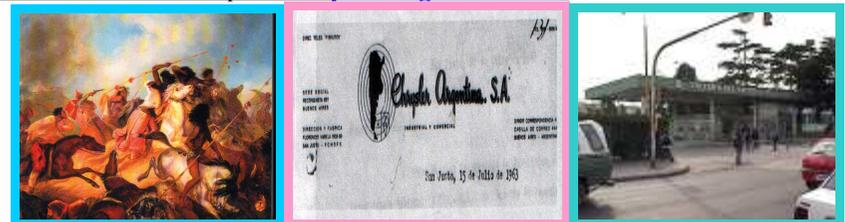
Con ideas anda y desanda el mundo. Pero las ideas precisan mucho esfuerzo para concretarse en obras que se puedan poner al servicio de los demás. Y el esfuerzo debe ser mancomunado. Este es el caso de esta primera historia en formato digital del Partido, que se ha realizado desde la Junta de Estudios Históricos. La idea de su realización pertenece a quien dirige la Universidad Nacional de La Matanza: el Lic. Daniel E. Martínez que encargó su ejecución a la Dirección de este Instituto de Investigación. Tras seleccionar material desde lo producido a lo largo de años de investigación sobre el partido, nace en el año 2004, este producto que lleva por nombre “Breve historia de La Matanza en imágenes”.

Fue pensado como material de cátedra para todos los niveles educativos y se presenta en este formato para reproducirlo fácilmente y poderlo hacer llegar a todas las instituciones que así lo soliciten. Está organizado en torno a sesenta y cinco pantallas, que pueden imprimirse en color y que contienen doscientas treinta y una imágenes relacionadas con la historia del Partido de la Matanza desde sus originarios pobladores, pasando por su geografía hasta los procesos históricos nacionales que se han dado en su territorio, pero destacando en todos ellos la participación local.

Desfilan así, vertebrados por un relato escrito, los repartos de suertes y estancias, las encomiendas, mapas de los antiguos pagos, los alcaldes de la Hermandad, sus instituciones religiosas, políticas y educativas. Y por otra parte, los hechos matanceros relacionados con los procesos inmigratorios, la resistencia, la guerrilla, Malvinas, primer copamiento de la Tablada y la desaparición forzada de personas hasta el movimiento piquetero en su versión local.

Se tiene clara conciencia que consiste en una primera aproximación historiográfica a la historia regional y que deberá continuarse. Se pretende además, con esta obra reconocer y guardar para la memoria comunitaria el nombre de todos aquellos que nos precedieron en la tarea, y si se cometió alguna omisión deberá subsanarse con la ayuda de todos los matanceros.

Este CD, se entrega en forma gratuita a la Escuelas del Partido, Instituciones y particulares que así lo solicitan. Pueden comunicarse al teléfono 4480-8967 en el horario de 10 a 18 hs o por mail a juntahis@unlam.edu.ar.



Tres momentos en el tiempo para el mismo predio sanjustero

- 1) Territorio de indios pampas.
- 2) Fábrica a mediados del Siglo XX
- 3) UNLM. última década del XX y Siglo XXI